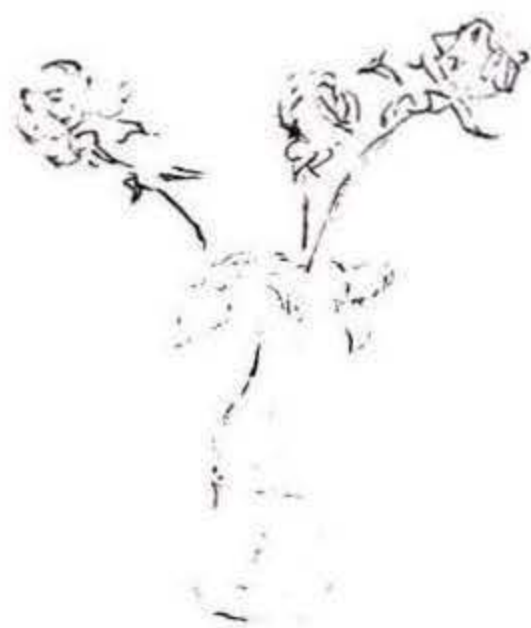


ferencia, donde no hay conceptos sino imágenes. Son los casos de Octavio Paz en *El ogro filantrópico* (1974), en el que descaradamente se “pasa por la galleta” la investigación antropológica e histórica sobre la cuestionada “identidad latinoamericana” y los estudios sobre la Revolución Mexicana, o nuestro provinciano Estanislao Zuleta en *Lógica y crítica* (1996), donde no habla de filosofía griega, sino de sí mismo, de sus limitaciones como lector. Inclusive Vélez deduce las limitaciones del “ensayo autista” —como él lo llama—, pero no saca las consecuencias cuando critica ensayos escritos por profesores de facultades de literatura, repletos de jerga derrideana, lacaniana y foucaultiana, esto es, la posconfusión (como la llama Héctor Abad Faciolince).



El capítulo tres del libro, “El ensayo colombiano: un curioso entretenimiento para tres o cuatro personas en un siglo”, es un fraude. Vélez no investigó o lo hizo mal. Por mantener su tesis acaba violando reglas académicas. Por ejemplo, investigar integralmente un problema. En su recorrido por el ensayo colombiano del siglo XX, cita parcialmente autores enumerados en las antologías de Cobo y Óscar Torres, pero su preocupación central es Baldomero Sanín Cano. Luego el título de este capítulo debería ser “Sanín Cano, ensayista”. Además lo valora en exceso en demérito de Rafael Maya, cuando es importante insistir en que Sanín escribió libros flojos —*Letras colombianas* (1944)— y Maya tiene indudables aciertos: sus ensayos sobre Isaacs, Silva, Vargas Vila y To-

más Carrasquilla. También comete un error al resaltar la supuesta apoliticidad de Sanín Cano. Al contrario, Sanín estuvo vinculado al cuerpo diplomático en varios periodos, fue liberal santista (partidario de Eduardo Santos e incluso en una época de Jorge Eliécer Gaitán), lo que le acarreó una disputa áspera con Laureano Gómez



Vélez se queja de la precariedad del ensayo en Colombia en la primera mitad del siglo XX, pero no describe las causas del fenómeno —la más evidente es la ausencia de universidad o la trivialización a la que había llevado el género Germán Arciniegas—. Menciona circunstancialmente a Hernando Téllez, pero no critica sus trabajos ensayísticos. Menos se espere análisis de la obra crítica de Jorge Zalamea, de Ernesto Volkening, de Hernando Valencia Goelkel o de Rafael Gutiérrez Girardot, por mencionar algunos reconocidos.

Además reduce el ensayo colombiano al ensayo literario. Pero es evidente que ya hay ensayistas —buenos y malos— en otros ramos: en historiografía Jorge Orlando Melo, en derecho Carlos Gaviria Díaz, en sociología política Hernando Gómez Buendía, en economía Juan Luis Londoño o Salomón Kalmanovitz, por citar autores recientes. Tampoco es preciso al señalar —en el capítulo cuatro— a Luis Tejada como ensayista. El artículo que incluye como ensayo habitualmente es considerado una crónica, o al menos así lo hace Cobo Borda en la recopilación de la obra periodística de Tejada, y Maryluz Vallejo M. en *La crónica en Colombia: medio siglo de oro* (1997).

Jaime Alberto Vélez, después de este libro, queda en deuda con sus lectores. No nos quede duda de que repensará su tarea.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

Ensayo sobre al ensayo

El ensayo. Entre la aventura y el orden

Jaime Alberto Vélez

Taurus, Bogotá, 2000, 107 págs.

El más humano de los géneros

“El ensayo no es un artículo, ni una meditación, ni una reseña bibliográfica, ni unas memorias, ni una disquisición, ni una diatriba, ni un chiste malo pero largo, ni un monólogo, ni un relato de viajes, ni una seguidilla de aforismos, ni una elegía, ni un reportaje, ni... No, un ensayo puede ser cualquiera o varios de los anteriores” (El Malpensante, núm. 2). De esta manera define Susan Sontag a ese “hijo pródigo” como un *precipitado* de otras formas de escritura, es decir, lo define *por lo que no es*. Antidefinición que de alguna manera ya comienza por acercarnos a la complejidad del género. ¿O es que tampoco es un género? Según Sontag, es apenas un nombre, “el más sonoro de los nombres”, “un contrabandista en los mundos de la filosofía y la polémica” y, por qué no, un “excéntrico” en los mundos de la literatura.

Los ensayos van a parar a los libros si bien suelen iniciarse en revistas. En este caso, el “ensayo sobre el ensayo” de Jaime Alberto Vélez vio la luz en la revista El Malpensante, núm. 8, de 1998, bajo el título “El más humano de los géneros”. Como todo buen ensayo, incitó a la discusión y al debate. La polémica la planteó otro investigador, el profesor Carlos Sánchez Lozano, quien apuntó certeramente al afirmar que para Vélez “es más impor-

tante el *deber ser* del ensayo (como habría que escribir ensayos) que el *ser* (como es el ensayo, por ejemplo, que en la actualidad se hace en Colombia)". Sánchez Lozano dio en el blanco también cuando afirmó que "el ensayo no se construye en el vacío", y propuso —de pedagogo a pedagogo— bajar a tierra estos presupuestos, aplicándolos en una "didáctica del ensayo" (El Malpensante, núm. 9).



No es fácil imaginar un libro de ensayos recientes pero inéditos todos. No sé si Jaime Alberto Vélez, al pensar en convertir en libro su "ensayo sobre el ensayo", tomó en cuenta lo dicho por su colega Sánchez Lozano; lo cierto es que en esta segunda entrega incluyó una retrospectiva del ensayo colombiano: "un curioso entretenimiento para tres o cuatro personas en un siglo", y retomó nuevamente el concepto genérico, esta vez para referirse al "ensayo académico" como recurso docente —mal aplicado— en el colegio y en la universidad.

El resultado de estas reflexiones didácticas es el libro publicado por Taurus bajo el título *El ensayo entre la aventura y el orden*, donde se agudizan y problematizan las definiciones sobre esta especie —concebida por Alfonso Reyes como *centauro de los géneros*— y en general sobre el arte de la *argumentación*. "Un inspector de centauros —afirma Gabriel Zaid— difícilmente entenderá el juego, si cree que el centauro es un hombre a caballo; si cree que el caballo es simplemente un medio de transporte" y, podría

agregarse, si piensa que es posible dividir a la criatura en dos entidades independientes.

El poeta y pensador mexicano Gabriel Zaid, con la lucidez meridiana que lo caracteriza, ha sido el más radical en cuanto a la definición del ensayo se refiere. En su libro *Leer poesía* (Joaquín Mortiz, 1972) habló del "ensayo más breve" y lo definió así: "El ensayo más breve del mundo es un aforismo". ¿Por qué no pensar en el aforismo como un ensayo en germen, como un ensayo en potencia, como un ensayo por desarrollar? Visto desde esta perspectiva, bien se podría destilar —a partir del texto del profesor Vélez— una "poética del ensayo" en breves sentencias (glosas, aforismos o escolios), con algunos de los presupuestos que este esquivo género comporta.

Una poética del ensayo

- *Etología*: ciencia de las costumbres. El arte etológico por antonomasia es la literatura. El género etológico por excelencia es el ensayo. Un ensayo no es un informe de investigaciones realizadas en el laboratorio: es el laboratorio mismo.
- El ensayo es intento y aproximación —pensar en voz alta—, nunca sentencia última y dogmática. El ensayo es heterodoxo por naturaleza.
- El ensayo es arte y ciencia, pero su ciencia principal no está en el contenido acarreado, sino en la carretilla. (Véase "La carretilla alfonsina", en El Malpensante, núm. 13). El saber esencial en un ensayo se vislumbra al escribirlo. Los datos envejecen, la carretilla no.
- La naturaleza genial del ensayo —como el ornitorrinco— reside en su diversidad. Es esto y aquello y además otra cosa. Hibridaje entre un elemento lógico y otro creativo.
- El ensayista es un escritor difícil y escéptico que ha condescendido felizmente a la forma del ensayo. En el ensayo escribir es reescribir.

- Apropiación del discurso del otro. Transferencia textual. *Mimesis*: al inventar imitamos.
- El ensayo transforma la conciencia, da vigor a la conciencia, despierta la mente mediante la escritura. La escritura ensayística es parte esencial de un método de conocimiento.
- El ensayista propone un ejercicio de relectura y reinscripción sobre un texto olvidado que se supone ajeno, pero que —herméticamente— le es propio.
- No hay manera de escribir naturalmente un ensayo. Sólo lo que se piensa bien, en consecuencia, se puede decir bien. La escritura ensayística es completamente artificial (arte-facto).
- Ensayo: ajuste perfecto entre el pensamiento y su expresión. Debe ser escrito por un hombre culto, pero inspirado.
- El ensayo se dirige al lector común. Por esta razón, ni la extensión, ni las citas, ni el lenguaje, ni los procedimientos formales pueden erigirse en un obstáculo para su lectura.

Entronizar y avalar el ensayo como género del siglo XXI —después del auge de la novela y la poesía—, tanto en los medios académicos como fuera de ellos, es, pues, el aporte del profesor Vélez en este texto de carácter didáctico. Reevaluar el concepto de ensayo como "género indefinible" o "género de definición inobjetable". Su propósito es claro: mostrar histórica y formalmente algunas constantes que enriquecen su percepción y complejidad. Según el autor, "el ensayo aún no ha llegado a su fase retórica y puramente formalista"; esto hace que se tienda más a practicarlo que a plagarlo de normas: "síntoma inequívoco de su vigorosa salud".

Parodiando a Baudelaire en sus *Consejos a los jóvenes literatos* (1846) y a Rilke en *Cartas a un joven poeta* (1929) y, más recientemente, a Vargas Llosa en *Cartas a un joven novelista* (1997), quiero extraer algunos "consejos a un joven ensayista" planteados por el profesor

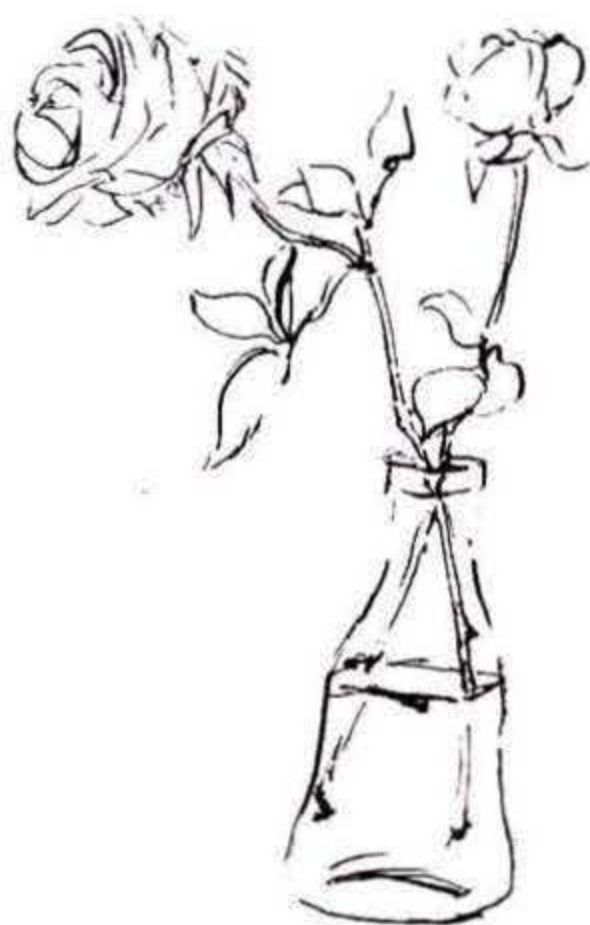
Vélez, en su aventura reflexiva por el género. Aunque sé que los consejos literarios están condenados al fracaso y que el minigénero de la consejística literaria no existe, voy a sintetizar más que "consejos o reglamentos" unas pistas metodológicas que el texto ensayístico exige.

Decálogo para una didáctica del ensayo

1. Si el objetivo del maestro consiste en medir el nivel de conocimientos del estudiante, el ensayo como forma elevada de *argumentación* resulta una prueba improcedente. (Pág. 62).
2. A esta suerte de escritura que es el ensayo, sólo logra acceder un escritor después de haber asimilado hasta tal grado las *normas* y las *técnicas*, como para olvidarlas luego. Y el medio académico, como bien se sabe, valora poco el olvido. (Pág. 64).
3. Al tratar la *expresión* como simple empaque formal en el ensayo, o como una realidad adjetiva e independiente, se soslaya un aspecto esencial del conocimiento; esto es, que cualquier concepto se expresa como lenguaje, y no sólo por medio del lenguaje. Que el contenido es un efecto de la forma. (Pág. 64).
4. El asunto no se reduce al mejoramiento de la expresión, como creen algunos formalistas. El ajuste perfecto está dado entre el pensamiento y su expresión (estilo y razonamiento). Un buen aprendizaje consistirá en comprender que el manejo de las palabras corre simultáneo con la forma de razonar. (Pág. 65).
5. El medio académico tiende a privilegiar, por encima del aporte del individuo, el *pensamiento oficial*; es decir, aquello que posee un carácter indiscutible y un respaldo bibliográfico respetable. Debido a que lo propio del ensayo reside en la

"visión personal" del escritor, se puede deducir con facilidad que cuando esta forma de expresión no entra en abierta contradicción con lo académico, termina por subyugarse ante él, caso en el cual pierde su esencia. (Pág. 66).

6. Toda escritura es una escuela y es experimental. El ensayista reclama la equivocación como un derecho, por ser el método esencial de todo aprendizaje. El ensayista —valga la perogrullada— ensaya iniciativas, propone técnicas, prueba resultados. Y, por qué no, vuelve a descubrir y presentar como novedades cosas que ya eran muy viejas.



7. La confusión conceptual que rodea al ensayo, por ejemplo, la originan en buena medida quienes emplean esta palabra para intentar mejorar la apariencia de sus *análisis*, sus *opiniones* o sus *comentarios*... La palabra *ensayo* en la actualidad sirve para nombrar cualquier clase de escrito: si todo puede ser un ensayo, nada es un ensayo. (Pág. 68).
8. El ensayo no consiste, pues, en una forma espontánea de expresión. Su aparente informalidad encubre en realidad una compleja y bien tejida relación de saberes. De ahí que su es-

critura se sitúe en la fase más elevada del conocimiento. Se trata, en suma, de un género de madurez. (Pág. 69).

9. Mientras un buen ensayo posee un carácter libre, la mayoría de los trabajos académicos se escriben por encargo, con la manifiesta intención de cumplir un determinado objetivo: halagar la vanidad y los intereses del profesor. Prueba de ello es que buena parte de la producción intelectual universitaria permanece en las aulas de clase, en una suerte de autismo. (Pág. 71).
10. En un semestre nadie aprende a ser ensayista. Ni tampoco se puede estudiar de un tirón toda la *enciclopedia*. El único "método para ser fácil y rápido un ensayista", es siempre ser un mal ensayista.

JORGE H. CADAVID

Las primeras líneas de un libro infinito

Casa de las estrellas

Javier Naranjo Moreno

Editorial Universidad de Antioquia,
Colección Arcoiris, Medellín, 1999,
112 págs., il.

En Medellín, el poeta Javier Naranjo ha escrito las primeras líneas de un libro infinito. Y es infinito, o puede ser infinito, porque podrá seguir escribiéndose por los siglos de los siglos, mientras haya niños en el mundo. Es infinito también porque podrá escribirse en todas las lenguas humanas. Se trata de una suerte de diccionario de las definiciones de distintas palabras que dan los niños; o, para decirlo con las palabras de la madre de quien escribe esta nota, es una summa de "las ocurrencias de los niños". Estas definiciones van desde lo absolutamente disparatado e hilarante, pasando por lo escabro-